Primera Enmienda) de la Fundación Eisenhower Fellows en 2017, que le fueron concedidos a su comprometida trayectoria profesional.

Por su inseparable Olivetti pasaron miles de artículos que se convirtieron en diarios a partir de 1989 con su columna en la contraportada de SUR y el resto de periódicos de Vocento que obligaba a que muchos de los lectores comenzaran la lectura del diario desde la última página. Se ganó por derecho y por (in)genio el título de decano de los columnistas españoles, a los que unió las distinciones de Hijo Predilecto de Málaga (1983) y de la Provincia (1999), Hijo Adoptivo de Rincón de la Victoria (1987), Doctor Honoris Causa por la Universidad de Málaga (2000), Medalla de Oro de Andalucía (2001), Medalla de Honor de la Asociación de la Prensa de Málaga (2005), Premio de las Letras Andaluzas Elio Antonio de Nebrija (2010), Encomienda de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio (2018) y Autor del Año en Andalucía (2019).

Alcántara logró además otros premios que no se denominaban como tal, pero de los que acusó recibo como si lo fueran. La cantaora Mayte Martín convirtió en música con quejio sus poemas en el disco 'alCANTARa MANUEL' (2009), mientras que el cineasta Manuel Jiménez lo puso delante de la cámara para atrapar su carisma más allá de las palabras en el documental 'El pésimo actor mexicano' (2011). Y el escultor Martín Merino le premió con un busto de bronce que le recuerda ya para siempre en el Salón de los Espejos del Ayuntamiento de Málaga. Reconocimientos en los que siempre intentaba sacudirse cualquier atisbo de vanidad y que convertía en momentos de amistad y alegría compartida. «Tengo cierta conciencia de que todo termina y me voy contento de haberos conocido a todos y de poder daros las gracias», aseguraba con emoción Alcántara el mismo día que su busto no le quitaba el ojo.

EN EL NOMBRE DEL POETA

Casi cuatro décadas después de publicar las primeras estrofas de 'Maneras de silencio' (1955), nació el Premio de Poesía Manuel Alcántara que llevó el nombre del poeta y articulista malagueño por petición popular de sus vecinos de Rincón de la Victoria. Un galardón, el de mayor cuantía a un solo poema –6.000 euros–, que ha superado el cuarto de siglo y cuyo palmarés está ligado a grandes autores contemporáneos. Algunos menos, dos décadas, ha cumplido el Premio Internacional de Periodismo Manuel Alcántara, que desde un principio ha promocionado el talento de las nuevas firmas de la prensa española, aunque en los últimos años también ha compartido su reconocimiento con veteranos profesionales. A ellos, se unió el pasado 2018 el más joven con el nombre del articulista, el Premio Nacional de Periodismo Deportivo, que, convocado por la Fundación del poeta y Unicaja, abrió su palmarés con Alfredo Relaño y Laura Loriente.

Desde el triunfo pionero de la poeta andaluza María Sanz con el poema 'Plazuela de los Naranjos' (1993) al último galardón concedido a Diego Medina por 'Contrapicado' (2018), el Premio de Poesía fue añadiendo nombres y versos con los que es posible repasar y entender un género que, a juicio del maestro, es «la madre de todo: todo está en la poesía». Cayetano Luca de Tena, Antonio Hernández, Félix Grande, José A. Ramírez Lozano, Rosa Romojaro, Luis Alberto de Cuenca, María José Carrasco, Jesús Aguado y Manuel Vilas son algunos de los ganadores de este galardón que, desde 2005, pasó a ser convocado por el Ayuntamiento de Málaga y la Fundación Unicaja.

«No he querido ser más que dos cosas en mi vida. Poeta y articulista», repetía el escritor malagueño que, tras su investidura en 2000 como Doctor Honoris Causa por la UMA, asistió a la creación del Premio Internacional de Periodismo Manuel Alcántara, que convocan la propia universidad, Prensa Malagueña (editora de SUR) y la fundación que lleva su nombre. Un galardón al que se han unido nombres fundamentales del periodismo como José Luis Balbín, Raúl del Pozo, Rosa Montero, Monterrat Lluis, Vicente Zabala de la Serna, Mikel Ayestarán, Juan Cano o Francisco Apaolaza.

EL MUNDO A LA BOCA

Para saborearlo y extraer su jugo y para decírnoslo después, adobado con el limón de la ironía y con una sal que habría que llamar gracia

AURORA LUQUE

Oh, sí, la escritura embellece la vida: «Sí. Miradme a los versos. No os engaño». La escritura acompaña como la voz generosa de un amigo reflexivo que camina junto a ti. Cómo podremos prescindir de sus palabras frescas de cada día: «enseño a andar palabras de la mano». La escritura nos traduce el mundo. Y nos traduce –Manuel lo sabía– al mundo. Y en esa traducción incesante y transitiva que es vivir quisiéramos permanecer y estar y que se quedaran siempre traduciéndonos y traduciéndose los sabios como Manuel Alcántara. Que se quedara para siempre: eso queríamos. Me encantaba encontrármelo fuera de Málaga, en Bilbao, por ejemplo, al tomar el primer café, a pie de barra, en lo alto de su columna, socarrón y elegíaco como un romano que hubiera vivido todos los imperios. Recuerdo que hace más de veintitantos años, cuando éramos jóvenes, nos convocó a unos cuantos poetas para leer y para tomar el martini de Frutos con una tapa de tocino de jamón. Tenía viva la curiosidad, inagotada, sin gastar. Una curiosidad renovada: ganas de llevarse el mundo a la boca. Para saborearlo y extraer su jugo y para decírnoslo después, adobado con el limón de la ironía y con una sal que habrá que llamar gracia. En su sentido noble, claro.

Él abundó en esa cualidad que –por el paso crudo del tiempo y no por un pasar de páginas– sé ya muy bien que es lo que define a los mejores. Es lo que Alcántara comparte con Cervantes: la compasión infinita, atenta, por el mundo, por los raros, los ridículos, los infortunados, los pobres envidiosos, los cuentistas, los piratas, los estoicos, el mundo con su gloria y su basura, sabroso hasta en su fealdad, digno de amor hasta el fondo de sus miserias y cojeras. Todo eso –y mucho más– estaba en cada columna de Manolo, tensado en una sintaxis elástica, en un decir diáfano y hondo al mismo tiempo. La tierra te será leve. A nosotros se nos queda la bahía llena de congoja y de sombra.